

Tomado del Libro: *El Arte de la Enseñanza Cristiana*.

Una Gira al Aula de Clases

Dr. John Van Dyk

Primero lo primero

Estás en la cocina y haz decidido hacer un rico suflé de espinacas – tu especialidad. Te has puesto tu delantal y has preparado los ingredientes. Primero partes los huevos, los separas y los bates. Si no hay huevos blancos, batidos de la manera adecuada y con la apropiada consistencia, no hay suflé.

Alcanzar un entendimiento de la enseñanza Cristiana es como preparar un suflé de espinacas. Necesitas una variedad de ingredientes, y algunos de estos sirven como base, por así decir, para el producto final. El enseñar de forma Cristiana no puede definirse por medio de un lema simplista de una sola línea o por un slogan vacío. De la misma forma no definiría un espléndido suflé de espinacas diciendo que resulta de lanzar un huevo en un tazón lleno de verduras.

O, para usar otra figura, edificar su entendimiento sobre la enseñanza Cristiana es como construir un granero: necesita pilares y fundamentos sobre los cuales edificar, y el trabajo requiere tiempo, esfuerzo y una buena cantidad de materiales de construcción. Una piedra angular indispensable para edificar nuestro entendimiento es el importante tema del llamado, la tarea y el oficio del maestro Cristiano.

Pregúntese a Ud. mismo: ¿Es la enseñanza nada más un empleo, algo que hacer para ganarse la vida? Bueno, sí, dirá usted, en un sentido lo es. Después de todo usted necesita pan, leche, espinacas y huevos en su cocina. Usted podría incluso ver la enseñanza como un *buen* empleo: Viene acompañado de largas vacaciones, una escala salarial que va mejorando y reconocimiento por parte de la comunidad – todos muy buenos beneficios, ciertamente. No obstante, en su corazón usted sabe que estos beneficios en realidad solamente son beneficios marginales. Para un maestro Cristiano la enseñanza siempre es mucho más que un simple empleo.

Cuando los estudiantes entran a mi clase de educación les pregunto como algo rutinario porqué quieren llegar a ser maestros. En mi clase donde los estudiantes están por graduarse les pregunto: ¿Por qué *te convertiste* maestro? Siempre estoy intrigado por las respuestas que los estudiantes me dan. Sus razones varían. Muchos hablan de su amor por los niños o su fascinación con cierta asignatura. Algunos mencionan las vacaciones de verano. Incluso otros admiten que se convirtieron en maestros porque simplemente no sabían qué más hacer. Llegaron a ser maestros porque no tenían opción, por así decirlo.

Pero cuando les pido a estos muchachos que identifiquen la razón única, la más imperiosa, por la cual entraron a la profesión de la enseñanza, frecuentemente escucho – debo decir que para mi deleite – que se sienten *llamados* a ser maestros.

El Llamado

¡Guau! ¡*Llamados* para ser maestros! Piense en eso por un minuto: Cuando usted declara que es *llamado*, ¿qué está diciendo en realidad? Bueno, obviamente, ser llamado implica que alguien le ha llamado. Alguien le ha hablado. Alguien dijo, “¡Oiga, usted! ¡Quiero que hagas algo para mí!”

Ahora, con toda probabilidad, usted no escuchó una voz audible desde las nubes, aunque ésa es, ciertamente, una posibilidad. Es más probable que llegara a ser consciente de un deseo creciente, que se hiciera cada vez más grande, de ser un maestro, y comenzó a reconocer en usted mismo los varios dones necesarios.

Estoy hablando, claro está, de un llamado de parte de Dios. Fue el Señor mismo quien nos llamó, a usted y a mí, a ser maestros. Ahora, no asumamos con presunción que el llamado de Dios le ha llegado solamente a usted y a mí, o sólo a los maestros, o a una estirpe – una élite – de “obreros a tiempo completo en el Reino.” La verdad es que toda la raza humana ha sido llamada. Ya en el mismo principio de la vida humana, cuando Adán y Eva se paseaban tranquilamente entre el verde del paraíso, la voz de Dios llegó de manera inequívoca: “¡Oigan, ustedes dos! ¡Echen un vistazo y miren dónde se encuentran! ¿Miran todos estos árboles, flores, aves ya mariposas, junto con el sol, los cielos azules y chubascos ocasionales? Quiero que me ayuden a cuidar este mundo que he hecho. ¡Quiero que encuentren y hagan algo con todo el increíble potencial que he derramado por todo el lugar!”

Algunas veces los teólogos se refieren a esta tarea mayor como “el mandato cultural.” Se nos declara con meridiana claridad en Génesis 1:28: “Los bendijo (i.e., al hombre y a la mujer) Dios y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla.” Y un poco después en Génesis 2:15 leemos: “Tomó, pues, Jehová Dios al hombre y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo cuidara.” El Huerto de Edén, caro está, representa nada menos que a todo el universo. Usted y yo somos llamados a trabajar en el mundo de Dios como maestros.

La Tarea

Cuando el pequeño Tony está jugando en el patio y escucha a su madre llamándole él sabe que no solo está practicando a pronunciar su nombre. Él sabe que ella quiere que *haga* algo. Así es también con el llamado de Dios a la humanidad. Y así sucede también con Su llamado a usted y a mí. Tenemos una tarea que realizar: la tarea de enseñar Cristianamente.

No pase por el alto el punto: Dios nos llama no solo a enseñar, sino a enseñar *de manera Cristiana*. Usted y yo sabemos demasiado bien la realidad insoportablemente triste: el pecado ha traído al mundo toneladas de mantos oscuros, sucios y apestosos de incredulidad distorsionada que lo sofoca y lo contamina todo, oscureciendo el Reino de Dios. Pablo explica en Romanos 8:22 que toda la creación gime bajo la carga del peso de estos mantos apestosos. Eso incluye la educación, el currículo y la enseñanza. Nada en todo el mundo se queda sin ser afectado, nada escapa a los carcinógenos del pecado, ni siquiera los bonitos tableros de anuncios en nuestras aulas de clase o las manipulaciones que usamos en

nuestras lecciones de matemáticas.

Para no deprimirmos demasiado déjeme señalar las estupendas palabras registradas para nosotros en la carta de Pablo a los Colosenses: “Por cuanto agradó al Padre que en él (i.e., en Cristo, la Palabra se volvió carne) habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.”¹ ¿Captó usted esa pequeña frase, pero que lo abarca todo, “todas las cosas”? Todas las cosas, ya sea en la tierra o en el cielo, ya sea en su escritorio mientras planifica su próxima lección o en el aula de clases mientras enseña. Las increíbles noticias es que así como el pecado pone sus pegajosos dedos sobre todo, así la redención de Cristo toda absolutamente todo lo que usted hace como maestro. La enseñanza, como toda otra actividad humana oprimida por el pecado, clama por redención, y usted, mi querido lector, ¡está llamado a ayudar a redimirla!

Su tarea, como maestro Cristiano, no es simplemente enseñar, sino enseñar Cristianamente. En respuesta al llamado de Dios, su trabajo como maestro ha de ser transformado en una actividad redentora.

La enseñanza, en resumen, es una asignación divina y requiere una respuesta santa. Cuando piensa en “asignación,” puede que le venga a la mente una visión de una labor aburrida y pesada. Sin embargo, la respuesta del maestro a la asignación de Dios debiese ser de entusiasmo y emoción. Si usted no siente tal entusiasmo y emoción por su labor de enseñanza, debiese revisar su sentido de llamado. Claro, tendrá sus altas y sus bajas, sus días buenos y sus días malos. Algunos días, de hecho, le harán preguntarse si llegar a ser maestro fue realmente algo bueno. Incluso los maestros veteranos regularmente experimentan tales puntos bajos. Pero cuando la depresión y la desilusión con la enseñanza llegan a ser un patrón que marca su actitud hacia la enseñanza, con seguridad que es tiempo de revisar su sentido de llamado.

El llamado y la tarea de uno debiesen sentirse como una oportunidad, un privilegio. Recuerdo una verdad enfatizada por el Profesor Nicholas Wolterstorff. El mandato cultural, decía, no es solamente un *mandato* o un mandamiento, sino también una *invitación*. “Pudiese ser,” reflexiona el Prof. Wolterstorff en su discurso en la Conferencia Internacional Educativa de Toronto de 1992, “que donde la tradición de la que me he empapado pensaba haber visto un mandato, en lugar de eso ¿debiésemos haber visto una invitación? Al quinto día de la creación, dice el escritor de Génesis 1, Dios, después de haber traído a la existencia a las criaturas del cielo y de la tierra, echó una mirada a todo y vio que era bueno, y bendijo a todas las criaturas con las palabras ‘Fructificaos y multiplicaos...’” Wolterstorff señala que estas palabras no constituyen tanto un mandamiento como una bendición, una invitación a florecer. De manera similar, el *mandato* dicho a los humanos es una *invitación* a florecer y prosperar.

Para mí esta interpretación es fresca y liberadora. El Señor ordena y *al mismo tiempo* invita, nada diferente a la madre de Tony, quien no solamente llama al muchacho a la casa sino que le invita a entrar. Al menos, así es como debiese ser. A menos, claro, que Tony le tenga miedo a su madre. Pero no necesita tenerle miedo, lo mismo con nosotros que no

¹ Colosenses 1:19,20.

necesitamos tenerle miedo a nuestro Padre en el cielo.

Así que el punto es este: El Señor no solamente *desea* que usted enseñe, Él también le *invita* a usted a enseñar. Y, lo que es más, Él le *equipa* a usted para enseñar.

Como el Señor le equipa

Como puede ver, el Señor no le llama a una tarea que usted no pueda llevar a cabo. Piense en Moisés, quien objetó enérgicamente frente a la petición del Señor de que regresara a Egipto para liberar al pueblo de Dios. “Mira, Señor,” protestó Moisés, “se me enreda la lengua...” Pero Dios de todas formas lo envió, junto con la promesa de equiparle para tratar con la gente de Faraón.

Pero, ¿Cómo reconoció usted su llamado para ser maestro? ¿Y cómo continúa el Señor equipándole para enseñar ahora que la zarza ardiente, una voz del cielo y un bastón mágico parecen ser cosas del pasado? Estos son preguntas importantes, no solamente para estudiantes universitarios que comienzan un programa de educación para ser maestros y quienes no están aún seguros si la enseñanza es para ellos, pero también para aquellos que, después de un año o dos de frustraciones en el aula de clases, se preguntan si la carrera de la enseñanza fue la decisión correcta.

Su llamado a ser maestro está inseparablemente relacionado con las maneras en las cuales el Señor le equipa. ¿Cómo es que Él hace eso? Menciono al menos cuatro maneras: Primero, Él le dota de talentos. Le da dones. De modo que, ya sea usted un candidato a maestro o un veterano experimentado, debe preguntarse: ¿Cuáles son mis talentos? ¿Qué dones tengo? ¿Me califican estos dones para ser maestro o para seguir siéndolo? Estas preguntas son significativas para cualquiera que considere o continúe en una profesión. Los plomeros, los mecánicos, los políticos, y también los artistas, deben preguntarse: ¿Cuáles son mis talentos? El dejar de hacerse esta pregunta conduce con facilidad a decisiones erróneas. El dejar de hacerse esta pregunta significa dejar de reconocer sus talentos, y por consiguiente, dejar de reconocer su llamado.

Segundo, el Señor también le provee de intereses. Observe que talentos e intereses no son la misma cosa. Puede que tenga talentos para ser, digamos, un pianista de conciertos, pero mi interés se encuentra en la carpintería. O, a la inversa, puede que esté interesado en llegar a ser un carpintero pero no puedo clavar un clavo con un martillo, de modo que no tengo talento con el trabajo en madera. Tanto los aspirantes como los maestros practicantes deben preguntarse: ¿Estoy *realmente* interesado en los niños? ¿Tengo pasión para la asignatura que tendré que enseñar? ¿Me *gusta* estar en las escuelas, en las aulas de clase? ¿O preferiría trabajar en la construcción, en un hospital o en un banco?

Algunos piensan que indagar en nuestros intereses personales es algo inapropiado. Creen que tomar en cuenta los intereses es en realidad una expresión de egoísmo. Recuerdo un estudiante que vino a mi oficina confesando con lágrimas que había decidido llegar a ser un predicador, aún cuando su corazón se hallaba en las artes teatrales. “Me encantaría ser actor,” me confió, “pero pienso que debo hacer a un lado tales intereses egoístas para servir al Señor. Si me convierto en actor, me estaré sirviendo solo a mí mismo; pero si llego a ser

un ministro, puedo servir a Dios a tiempo completo.” Hablamos por un rato sobre la falsa distinción entre lo sagrado y lo secular, y entre el servicio en el Reino así llamado “a tiempo completo” y el “tiempo parcial.” Existen falsas distinciones, claro está, porque la *totalidad* de nuestras vidas, 24 horas al día, ha de ser vivida en la presencia y el servicio de Dios, ya sea como actores, ministros, vendedores en una tienda, o como peluqueros. Los intereses, le señalé al consternado estudiante, son buenos dones del Señor. No tienes derecho de menospreciarlos. El desestimar sus intereses es equivalente a decir, “Mira, Señor, sé que me creaste de esta manera, pero simplemente voy a ignorar tu trabajo y a tomar mis propias decisiones.” Los intereses no pueden ignorarse; son indicadores poderosos de la dirección en la cual el Señor le está guiando.

Claro que, *es* posible que sus intereses se conviertan en un puro interés centrado en el yo. En este caso, usted no está tomando sus intereses con suficiente seriedad. Si usted no ve otro propósito para sus intereses que el servirse a usted mismo, usted bien puede distorsionar su llamado más allá del reconocimiento. Así que, los intereses no pueden ser la única guía. Deben venir junto con todo lo demás. Su interés tiene que ser un interés *informado*. Algunas veces, también, se requiere tiempo para desarrollar sus intereses. En resumen, tome sus intereses con seriedad, pero trátelos con cuidado.

En tercer lugar, el Señor le equipa para su tarea por medio del tipo de personalidad que Él le haya otorgado. Enfrentémoslo – reconocemos que algunas personas simplemente no han sido hechas para ser maestros. En otras ocasiones decimos, “Tal persona nació para ser maestro: tiene la personalidad correcta.” Note que nuestra personalidad es distinguible tanto de los talentos como de los intereses. Sabemos de personas que seguramente tienen los talentos para ser maestros, y puede incluso que estén interesados, sino embargo no serán buenos maestros debido al tipo de personas que son. Por ejemplo, puede que sean buenos explicando conceptos difíciles, pero, la verdad es que simplemente disfrutan las computadoras más que a las personas.

Finalmente, el Señor le proporciona oportunidades y le confronta con necesidades. Él abre algunas puertas y cierra otras. Asegúrese de estar muy sensible a la dirección del Señor, pues tal dirección es aún otra manera en la cual Él le prepara y le equipa. Asegúrese de preguntar: ¿Dónde puedo servir mejor al Señor, dados mis talentos, intereses y personalidad? ¿Dónde – en el Reino de Dios – veo la necesidad para el tipo de servicios que puedo proveer? ¿Pudiera ser, Señor, que quieres que me dirija al campo de la administración o a la consejería? ¿Dónde quieres ubicarme? El hacerse estas preguntas de manera consciente y persistente da evidencia de la profunda fe y confianza en nuestro Señor que deben caracterizar su caminar como maestro Cristiano. Tal fe y confianza, a su vez, sugieren que ha entendido la naturaleza *religiosa* de su llamado y de su tarea. Examinemos este punto con más detalle.

La Religión

¿Recuerda sus libros de texto seculares en sus clases de historia? Tratan a la antigua Grecia y a las otras civilizaciones en términos de sus estructuras políticas, sociales, intelectuales y religiosas. Tal manera de tratar las civilizaciones da la impresión de que la religión es un componente separable, sin relación con las otras áreas de la vida. Y de hecho,

la religión usualmente se define como un aspecto distinto de la vida humana, junto con otras dimensiones tales como la política, la economía, las artes y cosas así por el estilo. La distinción tradicional entre la iglesia y el estado, por ejemplo, refleja una distinción similar entre la religión y la política. En contraste con tales tradiciones usted y yo sostenemos con firmeza que *toda* actividad humana, de hecho *la totalidad de la vida*, es esencialmente religiosa por naturaleza. La educación no es la excepción.

Pero, ¿Qué significa esto? Para que no concluya en que solo estoy lanzando consignas trilladas permítame ser específico. Decir que nuestras vidas son religiosas es decir que todas nuestras actividades son (1) impulsadas por compromisos de fe, (2) dirigidas en una cierta dirección, y (3) llevadas a cabo como un servicio de adoración. Su labor en el aula de clases ilustra claramente estos tres componentes.

Primero, su enseñanza es impulsada por lo que usted cree, por lo que considera que es importante y valioso. Por cierto, esto es verdad para toda enseñanza, sea Cristiana, atea, Musulmana o de cualquier otra clase. La fe que nos dirige a usted y a mí, maestros Cristianos, es una fe en Dios – no en un Dios abstracto, lejano o teológicamente elaborado, sino en un Padre Celestial personal que nos ama y cuida de nosotros, quien está continuamente presente con nosotros, y quien nos invita a hacer que el gobierno de Su Reino se haga visible en el aula de clases. Con fe de niños nos vemos a nosotros mismos como totalmente dependientes de Dios. Confiamos no en nuestras propias fuerzas, o pericia, o creatividad, o carisma, o habilidad para llevarnos con nuestros estudiantes, sino que confiamos en el Señor. De hecho, vemos nuestra enseñanza como un asunto de colaboración: enseñamos *con* el Señor a nuestro lado, hombro a hombro – por así decir – al paso del Espíritu Santo.² En lugar de pensar “hoy voy a enseñar,” hemos aprendido a decir: “*Nosotros* – el Señor y yo – vamos a enseñar hoy.” Juntos vamos a transformar nuestras aulas en manifestaciones del Reino de Dios, de amor, justicia y poder.

Segundo, toda enseñanza es dirigida en una cierta dirección. La enseñanza es una actividad con propósito. Quizás la dirección apunte hacia la ciudadanía ejemplar, o la adquisición de un conjunto admirable de valores morales, o la habilidad de ser exitoso en el mundo. Los maestros Cristianos tienen como propósito equipar a sus estudiantes para el conocimiento y el discipulado competente.³ Examinaremos más adelante y con mayor detalle este punto críticamente importante.

Y tercero, nuestra enseñanza se lleva a cabo como servicio. La vida se vive en un servicio de adoración, ya sea el Rey de reyes o a un ídolo. Ordenamos nuestras vidas según el dios que adoramos y servimos. Si por ejemplo, adoptamos el dios de la acumulación de riqueza material como el bien más grande, ordenaremos nuestra vida y nuestras prioridades para la ganancia personal. Tal ídolo controlará nuestra vida. Un maestro así escogerá empleos basándose únicamente en los salarios ofrecidos. El Señor, claro está, se disgusta bastante por nuestra tendencia habitual de abrazar ídolos. Él quiere que los desechemos de nuestras vidas y que los destruyamos. Él insiste de manera categórica en que le aceptemos a Él como la fuente de todo significado y valor, y que por consiguiente ordenemos nuestras vidas (incluyendo nuestra enseñanza.)

³ Tiene aquí la idea de *capaz, estar capacitado, contar con las habilidades y las destrezas*, etc. (N. del T.)

¿Por qué todo este capítulo sobre la religión? Mi punto es este: su llamado a ser un maestro es un llamado *religioso*, y su tarea de enseñanza es una tarea *religiosa*. Lo mismo es verdad para el oficio que usted tiene como maestro Cristiano.

El Oficio

¿Recuerda el tiempo cuando estaba considerando la carrera de la docencia? Volvamos a rodar esa vieja película. Usted sintió al Señor llamándole a una tarea de enseñanza. Examinó sus talentos y concluyó - ¡estoy seguro que de manera correcta! – que en verdad tiene muchas de las habilidades requeridas: se relaciona bien con los niños o los adolescentes; es razonablemente inteligente, lo suficiente como para entender la asignatura con claridad; tiene buenas habilidades de planeamiento y organización; y así sucesivamente. También se tomó un tiempo considerable para inquirir en el estatus de sus intereses. “Sí,” se dijo a sí mismo, “me emociono al pensar en trabajar en un aula de clases. Me gusta sentarme y planear lecciones, trasladar la asignatura en experiencias significativas de aprendizaje.” Y sí, tenía bastante confianza en que tiene el tipo correcto de personalidad para ser un maestro exitoso: amable, gentil, pero firme y diligente. Convencido de su llamado se dirigió a la universidad y completó un programa de educación en docencia. Luego de cuatro arduos años fue declarado candidato y posteriormente sobrevivió a las entrevistas.

Y entonces sucedió: ¡Se le ofreció un contrato! Usted consideró, en espíritu de oración, si aceptar o no. Entonces tomó su decisión y firmó el contrato.

¿Qué sucedió allí? Llegó a ser consciente del llamado de Dios. Llegó darse cuenta que el Señor le estaba llamando, invitándole y equipándole para la tarea de la enseñanza. Prestó atención a ese llamado y aceptó su invitación a trabajar en su Reino como maestro Cristiano. Y luego, finalmente, después de años de preparación, aceptó una oferta oficialmente extendida para servir como maestro en una escuela.

¿Qué fue lo que hizo *en realidad*? ¿Al firmar el contrato aceptó simplemente una oferta de trabajo? Es cierto que la firma significaba que estaba usted de acuerdo en cumplir ciertas obligaciones por una cierta paga. Sin embargo, y más importante, firmar el contrato simbolizaba que asumía un oficio específico, ordenado por Dios, un lugar determinado en el Reino de Dios, una estación, por así decirlo, desde la cual pudiese involucrarse en la actividad educacional redentora.

Así que, ¿Cuál es el oficio? En el fondo del asunto, el oficio se refiere a un lugar asignado por Dios. Es un concepto de “ubicación.” Se refiere a una posición oficial, un lugar en la comunidad del pueblo de Dios. Así como los jugadores de un equipo de fútbol ocupan una variedad de posiciones en el campo, cada uno con una función específica, así a usted y a mí, como maestros Cristianos, se nos asignan posiciones específicas en el cuadro del Señor. Cada una de estas posiciones representa un oficio. Cada posición es ocupada por un “portador del oficio.” Usted y yo, como maestros, somos “portadores de un oficio.”

Algunas veces se encuentra con concepciones muy limitadas del oficio. Por ejemplo, bajo la influencia de las distinciones medievales de naturaleza/gracia, laicado/clero,

secular/sagrado, algunas veces se cree que solamente son portadores de un oficio los ancianos, los diáconos y los ministros en las iglesias institucionales. Para reforzar esta idea a menudo “ordenamos” a tales portadores de un oficio por medio de actos especiales como la imposición de manos y otros ritos de instalación pre-formulados. Aunque la Reforma hizo mucho para enmendar esta nación, tanto en el Protestantismo como en el Catolicismo la idea de oficio a menudo ha seguido limitándose a los contextos eclesiásticos.

Tal visión restringida del oficio está fuera de lugar. El Señor nos llama a cada uno de nosotros a nuestras tareas varias. Cada una de estas tareas está asociada con el oficio. La mayor parte de nosotros tiene múltiples oficios porque tenemos tareas múltiples: por ejemplo, yo soy maestro, esposo y padre. Cada uno de estos roles – oficios en realidad – implica una tarea diferente, y cada una de estas tareas me es asignada por el Señor. Todas ellas son tareas religiosas, impulsadas por la fe, dirigidas en una cierta dirección y llevadas a cabo en servicio de alguna clase.

Uno puede ser colocado en el oficio de varias maneras. Un maestro asume su oficio cuando firma el contrato. Un político es elegido para el oficio. Un padre llega a ser un portador del oficio a través de los procesos biológicos o de la adopción. Algunas veces, como a menudo fue el caso en el mundo antiguo, el echar suertes determinaba quién ocuparía un oficio particular.

Es importante también que reconozcamos el significado del oficio. En la iglesia primitiva, por ejemplo, el oficio de anciano era considerado como algo particularmente significativo. Por otro lado, algunas veces no se reconoce el peso de la responsabilidad que viene junto con un oficio. Piense, por ejemplo, de las personas jóvenes que llegan a ser padres cuando aún no están preparadas o no son lo suficientemente maduras para asumir tal oficio. El oficio del maestro es especialmente importante, dado que un maestro afecta, para bien o para mal, las muchas de muchos jóvenes. El Apóstol Santiago nos recuerda la tremenda responsabilidad que el maestro lleva sobre sus hombros.⁴ Con el propósito de reconocer y afirmar la importancia del oficio de la docencia, no estaría fuera de lugar, pienso, el que una escuela Cristiana celebre un período de iniciación especial o ceremonias de instalación para los maestros entrantes. La imposición de manos e implorar el Señor que derrame sus bendiciones sería algo totalmente apropiado en el momento en que los nuevos maestros comiencen su trabajo. Algunas escuelas, de hecho, hacen de esto una práctica.

Conciencia del Oficio

Es de vital importancia que usted reconozca su oficio. Como maestro Cristiano necesita desarrollar un sentido de *conciencia del oficio*. Tal conciencia del oficio garantiza que no reducirá la enseñanza a una tarea monótona de ínfima importancia, una rutina por la cual recibe un cheque mensual. La conciencia del oficio le ayudará a relacionar su trabajo con el llamado de Dios, y por ende, con la obra de Dios mismo. La conciencia del oficio le equipa para que vea como cada nueva mañana que entra el aula de clases esta se convierte en un lugar donde el Reino de Dios debe expresarse y manifestarse. La conciencia del oficio le recuerda que debe esforzarse junto con otros para hacer Su voluntad.

4 Santiago 3:1.

El llamado, la tarea y el oficio: conceptos hermosos que ubican nuestro trabajo como maestros en una perspectiva mayor, la del Reino. Conceptos para recordar a medida que exploramos qué significa enseñar de manera Cristiana. ¡Sí – esenciales! Pero hablar simplemente de la conciencia del oficio no es suficiente. Pasemos ahora a considerar lo que significa para nuestra práctica diaria en el aula de clases.

“La Enseñanza como actividad religiosa” –

Extracto del libro *Caminando con Dios en el Aula de Clases*, pp. 22 & 23, de Harro Van Brummelen.

Al enseñar usted establece una dirección y de este modo influencia las vidas de los niños. Afecta la manera en que ven la vida y actúan basándose en lo que consideran importante. Ayuda usted a forjar sus personalidades. Establece el escenario para las relaciones humanas en el aula de clases. Usted decide no solamente qué sino también cómo será enseñado el contenido. Usted hace todo esto sobre la base de sus propias creencias, explícitas e implícitas, con respecto a lo que valora en la vida. Ya sea Cristiano o no, usted tiene ciertas creencias básicas que subyacen a su cosmovisión, su moralidad, y su enseñanza en el aula de clases. Si definimos religión en su sentido amplio de un sistema de creencias firmemente sostenidas que guía la práctica, entonces la enseñanza es un acto fundamentado de manera religiosa.

La misma Biblia aclara que la enseñanza es un acto religioso. La Escritura generalmente discute el concepto de la enseñanza en uno de dos contextos. Primero, la enseñanza debe conducir a caminar en la senda del Señor o “el camino en que debes andar” (e.g., Deut. 11:19; 1 Sam. 12:23; Sal. 32:8). Segundo, la enseñanza debe señalar a los maravillosos hechos del Señor (e.g., Sal. 71:17; 78:4; y los “salmos de enseñanza” 104 – 106.) En ambos casos enseñamos la ley del Señor, Su ley de vida, sea esta la maravillosa ley física y sustentadora de vida incrustada en la creación de Dios (Sal. 19:1-4), o Sus leyes que iluminan los esfuerzos que implican las relaciones humanas (Sal. 19:7-11).